Confesiones de un anticuerpo monoclonal

Pablo Mugüerza Pecker

Hola. Me llamo stupendomab y soy un anticuerpo monoclonal. Pensará usted que tengo un nombre complicado. Pero es que no es fácil bautizarnos: nuestro nombre tiene que terminar en *mab, monoclonal antibody* en inglés. Esto no facilita las cosas. Mis hermanos se llaman adalimumab, rituximab o tocilimumab, por ejemplo. Si pensaba que el hebreo es difícil, ¡bienvenido al mundo de los anticuerpos monoclonales!

Soy un tipo de fármaco moderno. Me están probando como tratamiento de la artritis reumatoide, del mieloma múltiple y de la enfermedad de Crohn, entre otras enfermedades. Las cosas no van muy bien. Causo efectos secundarios desconcertantes, y los beneficios que aporto al paciente son, digámoslo así, relativos. El laboratorio que me está desarrollando (según su propia expresión) tiene serias dudas sobre mi futuro, pero solo de puertas adentro. Se han gastado mucho dinero en mí y, como ha ocurrido en otros casos, saldré adelante aunque no logren demostrar que sirvo para mejorar la salud de los pacientes.

Dicen de mí que soy recombinante, porque han denominado así a los productos de la manipulación genética. En pocas palabras, nos fabrican en una célula diseñada para hacerlo, a mitad de camino entre la realidad y la ficción. No es fácil explicar nuestra existencia, ni todos los que intervienen en que lleguemos al enfermo saben exactamente lo que somos. Es decir, somos un producto del máximo avance de los conocimientos, pero nos mantiene vivos la ignorancia.

Esta bipolaridad de sabiduría y desconocimiento se ha ensayado en el pasado reciente con mucho éxito. Todos mis primos que acaban en *vir,* los antirretrovirales, se crearon para combatir una enfermedad que ya se ha pasado de moda, pero que sembró el pánico en la década de los años ochenta: la infección por el VIH y su consecuencia, el sida. La historia es conocida: un grupo de sabios descubre una enfermedad o algo nuevo relacionado con una enfermedad existente y se detecta una epidemia de esa enfermedad. Empieza a enfermar gente y, si se hace bien, también mueren muchos. ¿Ha aumentado la incidencia de la enfermedad o es que ahora se diagnostican más casos? Eso nunca lo sabremos. Pero hay que pararlo como sea, es la plaga del siglo. Los laboratorios encuentran cómo pararlo, NO cómo curarlo. Saltándose todos los protocolos de investigación, justifican el lanzamiento de los fármacos por puritita filantropía. Se logran algunos efectos (demostrados de forma indirecta con métodos diseñados también por el laboratorio) y, por razones que todavía no conocemos (se aduce el aumento de la prevención pero, *my friend,* eso NO ha pasado), la gente deja de morirse, aunque tampoco se cura: se convierten en enfermos crónicos, un caramelo muy apetecido por los laboratorios.

El caso es que a uno de la familia de los antirretrovirales lo bautizaron como maraviroc. No es un fármaco maravilloso, solo se llama así. Mi laboratorio dijo que si la competencia tenía algo maravilloso, ellos debían tener algo stupendo, sin *e,* como lo pronuncia el señor director, que es bilingüe por lo menos. Y ahí me tienen: stupendomab.

Ya imaginará usted que con estos antecedentes uno no tiene las cosas claras. He pensado mucho y he decidido que me gustaría reencarnarme; en una existencia futura quiero ser un antibiótico antiguo, una penicilina de la primera generación, por ejemplo, con un enemigo conocido y visible que yo pueda destruir para curar a los pacientes acabando con el enemigo sin dañar a nuestro hospedador. Es la idea que nos dio vida, y me gustaría mantener la tradición.

Orgasmo: la cólera y el placer sexual

Aparentemente para los estudiosos de griego *orgasmo* es un derivado de gr. *orgē* ὀργή, 'cólera'. Vamos a intentar explicar y matizar esta relación semántica.

Poca información podemos obtener de los usos de *orgasmós* ὀργασμός en el propio griego, porque es una palabra muy rara (solo dos usos registrados en el *Thesaurus Linguae Graecae,* es decir, en una base que recopila toda la producción literaria y científica griega desde el siglo VIII a. C. hasta el siglo XV d. C.); aunque no es irrelevante, para que el término siga en uso en la actualidad, que Hipócrates sea responsable de uno de esos usos, en un contexto que no nos dice nada sobre el significado de la palabra. En primer lugar, hay que tener presente que *orgasmós* no deriva directamente de *orgē,* sino del verbo *orgáō,* el cual sí es derivado directo de *orgē;* es un pequeño matiz que resulta significativo; además, el significado primario de *orgē* es 'ardor', más que 'cólera', aunque luego, en el uso en época clásica, se impusiera el último de los significados indicados. Estos valores originarios los conservó el verbo *orgáō;* no significa 'estar encolerizado', como uno podría suponer, sino, hablando de sexualidad animal, 'tener ardor sexual' y 'estar en celo' y, hablando de plantas, 'estar a punto de brotar o fructificar', 'estar lleno de savia'. Es decir, ya tenía en griego clásico una aplicación sexual bastante clara. A partir de 'ardor' o 'turgencia' se pasaría por un lado a 'ardor sexual', que es lo que nos interesa aquí, y, por otro parte, de 'ardor' se pasó a 'cólera'. A este propósito, en español tenemos la expresión, hoy pasada de moda, *furor uterino,* que el DRAE define como «Deseo violento e insaciable en la mujer de entregarse a la cópula». Lo más curioso es que se pueda aplicar el verbo *orgáō* a plantas o incluso humores o fluidos corporales. A Galeno le llama muchísimo la atención el aforismo 4.10 de Hipócrates y lo comenta varias veces en distintas obras, precisamente por el valor que le da Hipócrates al verbo que comentamos. Dice ese aforismo:

> Hay que purgar en las situaciones agudas si [los humores] *están a punto de brotar* [*orgáō* en el texto] en el mismo día, pues es malo demorar en tales circunstancias.

Galeno comenta (*In Hippocratis aphorismos commentarii,* K. 17b 668), a propósito del valor de *orgáō* en este aforismo, que Hipócrates ha trasladado el significado aplicado a los animales que están deseosos de copular a los humores. El intermediario de ese traslado semántico, cosa que no menciona Galeno, es que se emplee ese verbo para plantas que están a punto de brotar; el punto en común entre el ardor sexual y las plantas a punto de brotar pensamos que es la turgencia.

Pero sin duda es mucho más interesante y relevante para el significado actual otro pasaje de Hipócrates (*De semine, de natura pueri, de morbis,* 4), donde se nos habla de la llamada eyaculación femenina y del placer sexual de la mujer:

> Afirmo que a las mujeres en el acto sexual, por el frotamiento de sus órganos sexuales y los movimientos de la matriz, les sobreviene una especie de hormigueo en la matriz con calor y placer en el resto del cuerpo. La mujer expulsa líquidos de su cuerpo que van a su matriz unas veces, con lo que la humedecen, y otras hasta el exterior, si su matriz está abierta más de lo conveniente. Siente placer después de empezar la unión sexual todo el tiempo hasta que el hombre la deja. Si la mujer tiene *ardor por unirse sexualmente* [*orgáō* en el texto], se deja ir antes que el hombre y ya no tiene el mismo placer sexual; si no tiene ardor sexual [*orgáō* en el texto], tiene placer hasta el final junto con el hombre.

En el siglo XVII se reintrodujo la palabra en lenguas modernas (en lenguaje científico de los siglos XVIII y XIX no es infrecuente que se reintroduzcan palabras que son sumamente raras en la antigüedad, especialmente si están atestiguadas en Hipócrates), y el francés es la primera que lo documenta, en 1611, como 'acto de furia o rabia'. Con el valor de 'espasmo', 'contracción', se documenta en inglés en 1704; como 'ardor sexual', en inglés en 1754. Esta es la definición del término en el diccionario etimológico inglés de Bailey de 1737: «movimiento rápido de la sangre o de la fuerza vital animal por la que los músculos se convulsionan o se mueven con una fuerza que no es habitual». El significado de 'espasmo' o 'convulsión muscular' es uno de los componentes semánticos del valor moderno del término; sin embargo, no está en griego; ¿cuál es su origen, entonces? Creemos que es un cruce con *espasmo,* debido a que tanto *orgasmo* como *espasmo* comparten el mismo sufijo, *-a-smos,* un sufijo que no es muy frecuente en vocabulario médico (además de *espasmo* solo aparece en *marasmo*). Por la vía del sufijo, por tanto, se asoció *orgasmo* con *espasmo* en el siglo XVIII.

El término se especializó en latín científico en la forma *orgasmus venereus,* que se describe así en una revista inglesa de 1776 (*The Critical review*, or, *Annals of literature,* 41, 49, que cita un libro de Hamilton sobre el arte de la obstetricia de 1775):

> Por obra del *orgasmus venereus* y por la inyección del semen masculino, toda la zona adyacente a la matriz se pone en movimiento, las trompas de Falopio se ponen turgentes y erectas [...].

Pero téngase en cuenta, que *orgasmo venéreo* se podía aplicar igualmente a la erección y turgencia del pene masculino hasta finales del siglo XIX; por tanto, en la cita anterior *orgasmo* todavía no tiene el significado actual, sino el de 'turgencia'.

Unos años después, en 1781, un obstetra francés bastante influyente en su época, Jean Louis Baudelocque, escribía lo siguiente en un tratado de obstetricia, en un texto que está parafraseando en buena medida el que hemos citado antes de Hipócrates, a propósito de cómo se produce la concepción y en torno al problema de la eyaculación femenina:

> [Los antiguos] imaginaban que la mujer expulsaba en el coito un líquido prolífico como el del hombre. Esta concepción, aunque generalmente aceptada, ha tenido sus detractores y algunos, incluso entre los antiguos, han sostenido que el líquido en cuestión no era sino el humor filtrado por las glándulas de la vagina y que, si, en efecto, procediera de los ovarios, ¿cómo y por dónde se expulsaría durante el embarazo? Si se juzga por el sentimiento voluptuoso y la especie de *orgasmo* que la mujer experimenta en la zona de las trompas en el instante que se libra a los placeres del himeneo, parecerá verosímil que fluya algún fluido de los ovarios hacia la matriz; pues esa sensación no puede deberse al líquido que se expulsa hacia el exterior, puesto que tiene lugar en la mayoría de las mujeres, independientemente de que se expulse líquido.

Nos vamos acercando cada vez más al sentido moderno, en el que se combinan tres valores semánticos: dos antiguos, 'ardor sexual' y 'turgencia', y uno reciente, 'convulsión espasmódica'. El valor actual está perfectamente claro en esta cita de una enciclopedia francesa de 1800 (*Dictionnaire raisonné universel d'histoire naturelle,* de Valmont de Bomare), a propósito de los líquidos seminales:

> Todavía no hay certeza sobre si el líquido que la voluptuosidad hace expulsar a las mujeres, sin provocarles nerviosismo, es verdaderamante un líquido seminal, prolífico como el del hombre. Parecería más probable que ese líquido que derrama la mujer no es ni un fluido nutricio ni un estimulante tan potente; que solo está destinado a lubricar el interior de las partes genitales y que su aparición o emisión, o mejor, su salida, es la causa de esos movimientos espasmódicos y del *orgasmo* de placer que algunas mujeres experimentan en el coito. (Decimos algunas mujeres porque en las escenas de voluptuosidad hay muchas en las que la física del amor parece estar muda, sorda, y que sin embargo no engendran en menor medida.)

En 1822 leemos en un *Diccionario de ciencias médicas* lo siguiente:

> Hay tanta analogía entre un leve ataque epilétpico y el orgasmo espasmódico que acompaña al acto de la reproducción que los antiguos definieron el coito epilepsia brevis.

El primer uso de *orgasmo* en sentido actual que aparece en el CORDE es de 1903, en la expresión *orgasmo venéreo* (en la novela cubana *A fuego lento,* de E. Bobadilla). Obsérvese que se adjetiva el término en estos primeros usos con significado actual, se habla de *espasmódico* o de *venéreo.* Téngase en cuenta que, según el DRAE, sigue vigente, todavía hoy, además del significado que hemos comentado, una acepción de *orgasmo* que define como 'exaltación de la vitalidad de un órgano' y que en ediciones anteriores, definía como sinónimo de *eretismo.*

Creemos que a partir de estos textos ha quedado clara la evolución de significado que se ha producido hasta llegar al valor actual, que, como vemos, solo se documenta con seguridad a finales del siglo XVIII y principios del XIX.

En definitiva, para llegar al significado actual se mezclaron los valores antiguos de 'ardor sexual' y 'turgencia', reintroducidos en el siglo XVIII, con uno que no está en la antigüedad, el de 'convulsión espasmódica' (propiciado por el hecho de compartir *orgasmo* y *espasmo* el mismo sufijo *-a-smo*), todo ello en el contexto de la discusión de la eyaculación femenina y el placer sexual, a partir, en parte, del texto de Hipócrates que hemos comentado.

© Francisco Cortés Gabaudan. <dicciomed.eusal.es>. Universidad de Salamanca